

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA



***LA PROVINCIA
LITERARIA***

**SERGIO RAMÓN FUENTEALBA
CECILIA ZÚÑIGA SANHUEZA**
editores



CORPORACION SEMCO
BIBLIOTECA MUNICIPAL
J.T. MEDINA - CONCEPCION

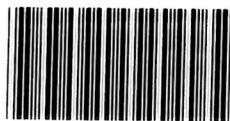
SERGIO RAMÓN FUENTEALBA



***LA PROVINCIA
LITERARIA***

**SERGIO RAMÓN FUENTEALBA
CECILIA ZÚÑIGA SANHUEZA**

editores



026855

CU 808.233 9.

F 954 p

(EJ111)

**LA PROVINCIA LITERARIA,
de Sergio Ramón Fuentealba**

DERECHOS RESERVADOS

Primera Edición, junio de 2001

Proyectó la edición,

Cecilia Zúñiga Sanhueza

Producción, Sergio Muñiz Ulloa

Impresión, "CAMARENA"

San Martín 633, Local 3,

Fono 233950, Concepción.

Encuadernación, Imprenta "BRAVO",

Maipú 1044, F/Fax 245060, Concepción.

SERGIO R. FUENTEALBA/CECILIA ZÚÑIGA S.

Editores, Los Copihues 63 (El Santo), Tomé

DISTRIBUCIÓN DIRECTA

26855

3.2002

DEDICATORIA

**A HUMBERTO DUVAUCHELLE,
EJEMPLAR HOMBRE DE TEATRO,
NOBLE AMIGO Y LECTOR INFATIGABLE.**

EL AUTOR

TOMÉ, Junio de 2001.

DEL AUTOR A LOS LECTORES

Este trigésimo sexto libro de nuestro Proyecto Editorial, constutuye una mirada – quizás ligera, pero necesaria- a la literatura de mediados del siglo recién pasado. La que se hacía en Concepción y la que nos llegaba de otras provincias y Santiago.

Al igual que los anteriores, LA PROVINCIA LITERARIA está “armado” a base de una selección de artículos publicados en mí columna semanal del Diario EL SUR, y ojalá resulte un aporte de interés para los estudiosos del tema.

MEDIO SIGLO DEL "CANTO GENERAL"

Aunque en la primera edición del "Canto General" se lee en su portada que fue hecha en México, en 1950, la verdad es que se imprimió clandestinamente en Chile, a pocas cuadras del Cuartel de Investigaciones de Santiago y que el responsable de ella fue Luis Corvalan, más tarde senador por Ñuble, Arauco y Concepción.

Pablo Neruda concibió este libro en los años de la Segunda Guerra, cuando aún no imaginaba que la política lo alejaría de la poesía. En 1945, ganó una senaduría por Tarapacá y Antofagasta, y meses después, asumió como encargado de propaganda de la campaña presidencial de González Videla, que resultó victorioso en septiembre de 1946.

En 1947 pudo retomar el "Canto General", cuando su partido decidió liberarlo temporalmente de su labor parlamentaria, "porque su actividad creadora tenía más importancia para su pueblo". Sin embargo, no pudo dedicarse a

ella mucho tiempo. La violenta ruptura de relaciones con la Unión Soviética y el “viraje” anticomunista de don Gabriel, que desató la persecución policial a sus antiguos aliados, movió a Neruda “a exponer, en una carta abierta, dirigida a sus amigos de toda América, la verdadera historia del golpe de Estado”

El gobernante como era previsible lo acusó de antipatriota, de trastornar el orden público y pidió su desafuero como legislador para poder juzgarle. Ni cortos ni perezosos, sus colegas se inclinaron ante los deseos presidenciales. El 6 de enero de 1948, Neruda habló por última vez en la Cámara Alta. Su “Yo acuso” al mandatario, se difundió por todo el continente. Eludiendo a sus perseguidores, el poeta abandonó su patria e inició un exilio que duraría cuatro años.

Otro poeta, el soviético Ehrenburg, escribiría entonces lo siguiente: “Este hombre no está hecho para la vida tempestuosa y peligrosa que ahora lleva. Lo veo frente a mí, pensativo, en su ropas de casa, acariciando un collar. Le gustaba tener en sus manos objetos de ámbar. Heo ahora en cambio deambulando

continuamente, yendo de un país a otro, hostigado por los agentes que lo persiguen, sin perder un solo instante la fe en la justicia de su causa, escribiendo siempre admirables versos.

Como los millares que contiene su "Canto General": "No tuvieron mis padres araucanos, cimera de plumaje luminoso,/ no descansaron en flores nupciales,/ no hilaron oro para el sacerdote,/ eran piedras y árbol, raíces,/ de los breñales sacudidos;/ hojas con forma de lanza,/ cabezas de metal guerrero".

En Ciudad de México, y por encargo del sello Ultramar, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera -amigos de Neruda, desde sus años como cónsul general allí- ilustraron la bellísima edición azteca del libro, impresa en papel Biblia. No poco me costo reunir los seiscientos pesos que valía, pero don Juan Riquelme, regidor conservador de la época y administrador de la librería Criterio, cumplió su palabra y me reservó un ejemplar. En 1954, a su casa de Los Guindos, se lo llevé al poeta para que lo autografiara.

Porque pudo volver a Chile, cuando experiba el régimen de González Videla. En

1953, Benjamín Subercauseux organizó en su homenaje el Congreso Continental de la Cultura. Entre los participantes estuvieron Diego Rivera y Nicolás Guillén. Mientras el primero viajó a Chillan a conocer los murales de Siqueiros, el poeta cubano visitó fugazmente Concepción. Acompañado de la pintora Mireya Lafuente, llegó hasta la Sala El Sótano, donde los integrantes del Grupo Libre de Arte –adolescentes todavía- leíamos al público fragmentos del “Canto General”.

“...paz para el panadero y sus amores/ y paz para la harina: paz/ para todo el trigo que debe nacer,/ para todo el amor que buscará el follaje,/ paz para todos los que viven: paz/ para todas las tierras y las aguas”

(04/05/2000)

DANIEL BELMAR Y SUS AMIGOS

Imposible me resulta hoy no escribir sobre Daniel Belmar, el primer escritor que conocí. Aunque en los Sagrados Corazones era compañero de banco de su único hijo varón, sólo supe de su condición de novelista leyendo en la antigua revista "Vea" una reseña sobre "Roble huacho", una acababa de publicar en ese invierno de 1947, si la memoria no me traiciona.

Mucho había tenido que ver en ello su amigo Nicomedes Guzmán, quien llevó los originales a la Editorial Cultura y no quedó satisfecho hasta verlos convertidos en libro. Alentado por la crítica santiaguina, y por la acogida de los lectores, publicó después "Ciudad Brumosa" con la portada del artista tomecino Rafael Ampuero y "Oleaje". La consagración, sin embargo, la tuvo con "Coirón", cuyo prólogo de Mariano Latorre me leyó y releyó con entusiasmo en su casa de Mac-Iver 1725.

Hasta allí llegó muchas veces su amigo Nicomedes, al que quería

entrañablemente. Claro que cuando Belmar “andaba con el pie izquierdo”, el pobre Guzmán ya sabía cómo terminaba una inocente discusión, enturbiada por el vino. Humildemente, entonces, tomaba su maleta y partía a alojarse en un hotel vecino a la Estación. Apesumbrado, llegaba a buscarlo Daniel a la mañana siguiente y la reconciliación se festejaba en los comedores del “Palermo”, o de la Sociedad de Empleados.

La fraternidad había comenzado a anudarse en Temuco, en 1915. El Liceo, recordaba Belmar, tenía una matrícula de setecientos alumnos y su rector era don Aurelio Latelier, abuelo del asesinado canciller de Allende. Daniel cursaba tercer año de humanidades y Neruda se aprontaba a egresar. “En ese tiempo, era un tipo melancólico, muy retraído, que usaba capa y tenía una voz muy característica. Era más bien solitario”, me contaba el novelista.

Cuando estudiaba Pedagogía en Francés, Neruda volvía los veranos a Temuco. Delgado como un cuchillo y quejándose de pasar hambre en Santiago. Sus gustos culinarios eran muy populares,

según Belmar. Comía pescado frito, tomaba “pipeño” y saboreaba la leche nevada; pero la capital ya lo había “despabilado”.

Claro que ni siquiera él mismo se imaginaba convertido en “el más grande poeta de toda la tierra, que todo lo transformó en poesía. Pese a que muchos poetas trataron de evadir su influencia, “durante medio siglo, Neruda fue el árbol bajo cuya sombra no creció al pasto”, decía Daniel, concluyendo que a su amigo “había que amarlo desde la distancia”.

Con el “Chino” Ulloa y Rodolfo Gálvez Barrenechea –sobrino de Julio, también renombrado poeta- Belmar formó en Concepción un trío inseparable, protagonista central de “Los Túneles morados”, reeditado por los cuadernos de “Atenea” y que hoy se presentan en la Sexta Feria del Libro.

Respetado por su vastísima cultura, el “Viejo” Gálvez fue jefe de corrección de pruebas de este diario y profesor en la Escuela de periodismo de la Universidad de Concepción. Temido por su ácido humor, se hablaba a sus espaldas del “Capitán Veneno”, o de “Veneno”,

simplemente, cuando no se era merecedor de su simpatía.

Hace más de una treintena de años se cultivaba en Concepción la auténtica bohemia, y el “Castillo” –frente a su domicilio- era el principal reducto de esa práctica. Allí llegó una noche Rodolfo Gálvez a juntarse con su amigo Daniel. Lo acompañaba un periodista de “La Patria”, quien lucía flamantes zapatos de gamuza. Al reparar en ellos, Belmar exclamó con voz alta, con desagrado: “Me cargan los ‘colihuachos’ que usan zapatos de gamuza”. No sabía, sí, con qué chichita se estaba curando, porque el afectado le replicó en tono aún más fuerte; “Y a mí me revientan los viejos requetecontra tales por cuales de su mamita”. Al escritor casi le dio un ataque de apoplejía fulminante, pero los buenos oficios del “Capitán Veneno” lograron que, en la madrugada, la paz volviera a los espíritus y que salieran del restaurant como si nada hubiera pasado. Hasta la muerte del autor de “Los Túneles Morados”, Carlos Concha gozó de sus afectos. La anécdota, como comprenderán, está suavizada, porque el lenguaje no

correspondía al de ambos personajes con una copas de más.

En otros aspectos, Daniel Belmar tenía fama de prudente. Partidos de la extrema izquierda de esa época se empeñaron en atraerlos a sus filas. Socarronamente el escritor eludía toda militancia política, argumentando: “Pero si yo no soy eso ni lo otro, hombre. Soy demócrata y de los de Malaquías Concha”. Una corriente ya extinguida, por supuesto, y cuya alusión hacía reír a medio mundo, comenzando por él, que nada tenía de grave. De su literatura, otros, hablarán esta tarde.

(05/08/99)

LA PROVINCIA LITERARIA

A mediados del siglo que se fue, llegaban a las redacciones de los tres diarios penquistas –los de esta casa y “La Patria”- publicaciones de grupos literarios de provincias ubicadas al sur de Santiago.

Uno de los más numerosos y prolíficos era “Los Inútiles” de Rancagua, fundado por Oscar Castro, quien lo presidió hasta su prematura muerte, ocurrida el primer día de noviembre de 1949. A un año de su fallecimiento, fue editado su bellissimo “Glosario Gongorino”, y en 1951, Nascimento hizo lo propio con “Rocío en el trébol”, comentado entusiastamente por Gustavo Labarca Garat, en las paginas de “El Sur”, donde ejerció crítico literario.

En las filas de “Los Inútiles”, militó también Baltasar Castro, cuyo nombre fue inscrito por el oficial civil sin la “zeta” habitual. La popularidad alcanzada por su novela “Sewell”, le significó el despido de Braden Cooper, no obstante su condición de dirigente sindical de la compañía minera . La arbitraria aplicación en su contra de la Ley de Defensa de la Democracia, le dio al escritor dividendos políticos. En marzo de

1949, resultó elegido diputado por Rancagua con la primera mayoría. Aunque, andando el tiempo, se convirtió en senador, Castro no dejó de lado su vocación literaria. Por la fuerza social de su novelística, se le incluye dentro de la Generación del 38, pese a que – en estricto rigor- no pertenece a ella. En el Congreso, destacó orador “de fuste”.

Raúl González Labbé –de fina sensibilidad- fue otro “inútil” de bien merecida notoriedad en esa época. En memoria de Oscar Castro, escribió una emotiva biografía del poeta, “Luz en su Tierra”.

Como “relacionador público” del grupo, actuaba en Concepción el novelista Daniel Belmar, siempre presente en sus actos oficiales.

Pero el autor de “Roble Huacho”, también aparecía entre los corresponsales de “Travesía”, que se editaba en Temuco – en cuyo liceo había cursado humanidades- y que dirigía Julio César Jobet.

Definida como “la revista de los intelectuales de La Frontera”, tenía como permanente colaborador a Juvencio Valle – un nombre ya consagrado en las letras- y a

los entonces muy promisorios Miguel Arteche, Aldo Torres Púa y Teófilo Cid Belmar, primo hermano de Daniel.

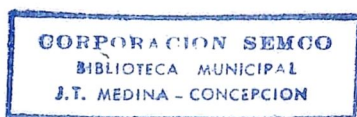
Inspirado poeta, Teófilo Cid fue fugaz estrella de la constelación literaria sureña. En un absurdo accidente de tráfico, falleció tempranamente en Londres, donde desempeñaba –me parece– una misión diplomática.

Espacio aparte ocupa Julio César Jobet, cuyo esfuerzo posibilitó la continuidad de “Travesía” durante varias jornadas. Titulado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile como Profesor de Historia y Geografía, derivó pronto al campo de lo sociológico, en el que todavía se incursiona con timidez.

Producto de sus inquietudes, fue el magistral “Estudio crítico del desarrollo económico y social de Chile”, publicado por la Casa de Bello a comienzos de los ‘50 y reeditado posteriormente por Prensa Latina, si la memoria no me traiciona. Sin miedo a equivocarme, sí, puedo afirmar que –junto a Eugenio González– Julio Cesar Jobet ha sido una de las más sólidas personalidades intelectuales del socialismo

humanista chileno. Con luces muy propias, el director de "Travesía" brilló como académico y ensayista. En el Concepción de ese tiempo, los escritores jóvenes –y quienes ya no lo eran tanto- se expresaban en versos y prosa en las páginas de "Atenea" y "Campanil", o "Renovación", o en la liceana revista "Andalien". De ellas emergieron entre otros –poetas como Raúl Iturra Falka, y novelistas como Erich Rosenrauch. En este diario o en "Crónica", se iniciaba literariamente, también, Luis Gustavo Acuña Luco, que ahora exhibe una maciza obra en Alemania.

(15/03/2001)



DOS ESCRITORES DE CONCEPCIÓN

En mi artículo “La provincia literaria” -publicado el 15 de marzo último en este mismo espacio-, recordé los inicios del poeta Raúl Iturra Falka y del cuentista Erich Rosenrauch en las revistas universitarias de Concepción de mediados del siglo pasado, pero la verdad es que ambos personajes merecen algo más que una evocación mezquina.

Aparte del talento, sólo tenían en común la condición de bohemios consuetudinarios. Claro está que mientras Erich llagaba al “Pulpo” en un flamante auto de arriendo tomado en la Plaza, Iturra recorría a pie la distancia entre la Población de Emergencia de la calle Manuel Rodríguez y el Centro Democrático “Zenón Torrealba”, muy, pero muy próximo a los sitios más “pecaminosos” de la ciudad. El apodo del concesionario había popularizado el lugar.

Si Rosenrauch estudiaba en la Universidad una carrera que no tendría necesidad de ejercer, Raúl sobrevivía apenas como redactor de “La Patria”

y de los Informativos de radio “El Sur”, que nada tenía que ver con esta casa periodística. Para “engordar la cazuela”, como decía, realizó con Pedro Villalón un programa cultural auspiciado por la Caja Nacional de Ahorros, donde éste trabajaba, y que tuvo los domingos bastante sintonía. Nunca les “fallaban” como entrevistados los pintores Ginés Contreras, Pepe de Rokha o Julio Escámez. Tampoco actores como los Duvauchelle o Roberto Navarrete y Andrés Rojas Murphy, también funcionarios de esa institución bancaria. Dudo que Erich Rosenrauch haya aceptado una invitación al programa, porque lo cuento entre los tipos más lacónicos que he conocido.

Cuando Raúl supo que en el Liceo de Hombres se había formado un Grupo Libre de Arte, y que yo era su director, me mandó “recado” para que fuera a la radio. Debe sido a través de Gilberto Grandón, periodista entonces de este diario, y que mucho nos estimuló dando a conocer nuestras actividades en sus columnas. Otro tanto hizo don Caupolican Montaldo, fino poeta y director de “La Patria”. Cuando terminó la entrevista comenzó mi

amistad con Pedro Villalón y con el “Fauno” Iturra. Así se estilaban las cosas en ese otoño de 1952.

Cuatro años más tarde fuimos compañeros con Raúl en “El Espectador”, un tabloide que apareció en Santiago sin más capital que el enorme entusiasmo de José y Mario Gómez López. No necesité que me “apadrinara” Raúl, porque ya había hablado con Pepe, el crítico literario Sergio Latorre -del vespertino “Noticias de Última Hora”- y, a lo mejor, ni lo habría encontrado para que “me echaran una manito”.

Sí porque sus “ausencias laborales” habrían provocado unas cuantas crónicas. Con mucho sentido de la economía, Pepe limitaba el espacio a un aviso muy destacado en el mismo diario, y dirigido a los propietarios y clientes de los bares del sector de la Estación Central. Si aparecía por allí el conocido periodista de marras, les rogaban comunicarle que aguardaban expectantes su regreso el director del matutino y sus colegas. Un par de días, a lo sumo, y volvía Raúl tranqueando sin apuro, con sus ojos más miopes que nunca y el bigote rubio de nicotina. Con una sonrisa

vaga saludaba a medio mundo, y se ponía a teclear apresuradamente. Jamás Pepe Gómez le reprochó una inasistencia.

Cuando cerró el diario, el “Fauno” comenzó a publicar en “El Siglo” sus notables columnas de Tomás Gordo. El seudónimo revelaba su sentido del humor, porque Raúl siempre fue delgado como hilacha. Una lástima, pero a nadie se le ocurrió reunirlos en un libro.

Erich Rosenrauch no necesitaba el “visto bueno” de un editor para publicar sus dramas , cuentos y novelas, comentadas entusiastamente por Alone en “El Mercurio”, porque podía costear con largueza su impresión. Aunque Díaz Arrieta y Valente lo emparentaron literariamente con Proust, sus libros sólo tuvieron un público de élite y no creo que le haya importado mucho.

Hasta ahora, que yo sepa, nadie ha rescatado de revistas y libretas de apuntes la inspirada poesía de Raúl Iturra Falka; pero no es tarde para hacerlo, y sería bueno que alguien asumiera la tarea.

Extraño, pero el destino hermanó a estos escritores de Concepción. Nunca se aclaró lo suficiente si la muerte de en

**Londres de Erich Rosenrauch se debió a un
para cardíaco, o sí la de Raúl Iturra Falka en
Santiago fue causada por un accidente de
tránsito.**

(03/05/2001)

LIBRERÍAS, IMPRENTAS Y LITERATOS

Sin haber escrito un solo libro, don Jesús Gómara se convirtió en uno de los principales animadores de la vida cultural del Concepción de hace medio siglo. Locuaz y afabilísimo, como buen español, instaló su “campo de operaciones”, por así decirlo, en la librería “Atenea”, que atendía junto a su señora, ex actriz del teatro “La Barraca”, fundado por Federico García Lorca, en los años de la Republica.

La ubicación de su negocio, -en O’Higgins frente a la plaza- era expectable y para hacerlo más atractivo, inauguró allí las “tertulias literarias”, donde se comentaban las últimas novedades en materia de títulos y se “pelaba” con simpatía a los escritores y artistas que no asistían a las reuniones de marras. Quizás, por eso mismo, resultaban bastante concurridas.

En una de estas tertulias, comenzó a tomar forma la Sociedad de Arte Penquista, iniciativa que entusiasmó a tal punto al rector Enrique Molina Garmendia,

que les cedió gustoso el amplio local donde había funcionado el Instituto de Fisiología, en Caupolican con Víctor Lamas. La primera directiva de la Sociedad estuvo compuesta por los arquitectos Luz Sobrino y Edmundo Buddemberg, el doctor Hernán San Martín y el librero Jesús Gómara.

Destacada profesional y sensible pintora, la señora Luz fue determinante para que la Academia de Bellas Artes – creada por Adolfo Berchenko en 1942, y dirigida por Julio Escámez- pasara a ocupar un lugar privilegiado en la sede la Sociedad, que también acogió al Teatro Libre de los Duvauchelle y a nuestro Grupo Libre de Arte.

En la esquina Maipú con Castellón, don Manuel Arévalo empezó cortando el pelo y terminó como pionero de la librerías de “viejo”, un negocio, al parecer, bien lucrativo. Le fue mejor que lo presupuestado y debió trasladarse a un local más amplio, una cuadra y media más abajo en la misma calle. Más que a comprar, los estudiantes de esa época íbamos a vender textos de estudio ya en desuso, y obras literarias restadas a las

bibliotecas hogareñas. A veces, por absurdos apremios, se “regalaban”, prácticamente, auténticas joyas. Por eso, no era extraño encontrar en lo de Arévalo a distinguidos profesores universitario, recorriendo las estanterías con ojos expertos. Alfredo Lefévre y Gonzalo Rojas, se contaban entre ellos.

Con el mismo propósito, la hacía un ahora laureado poeta chillanejo cuyo nombre prefiero olvidar.

Provisto de una goma colegial, y abusando de la distracción y de la cortedad de vista de don Manuel, elegía uno o dos títulos de moda, les borraba el precio y, muy suelto de cuerpo, volvía donde el propietario a ofrecerle esa magnífica “ganga”. Parece que alguien supo de estos “pecadillos” de adolescente, porque –después del Golpe- un insano lo responsabilizó de haber incendiado el Teatro de Concepción, creyendo que la acusación resultaría verosímil.

Aunque la Litografía Concepción y los Salesianos disponían de espléndidos talleres, Daniel Belmar eligió la Imprenta de J.H. Salazar para editar su “Ciudad brumosa”, con portada del artista tomechino

Rafael Ampuero. Periódicos, revistas y folletos de toda clase, los imprimían también, los señores Gastón Bianchi y Francisco Zapatta, en “Biza”; Américo Toro, en “América”, y don Humberto Cuevas, en “El Esfuerzo.

Don Gastón Bianchi fue progresista hombre público penquista, y el publicista ecuatoriano Zapatta, compartió con el profesor don Carlos Oliver la autoría del “Libro de Oro de Concepción”, editado para el Cuarto Centenario de la ciudad. La Imprenta “América” era patrimonio del todavía ilegal PC, y en “El Esfuerzo”, Humberto Cuevas “sacaba” semanalmente su muy esperada “Lira Popular”. Cuando el Grupo Libre Arte designó a Oscar Vega director de “Voces”, el futuro periodista tuvo la óptima idea de nombrarlo socio cooperador honorario para que su tiraje nos saliera a precio de costo.

Por supuesto que uno de los avisadores fue la Librería “Atenea”. En noviembre de 1952 –año de la fundación del GLA- expira el último gobierno radical, Ibáñez regresó a La Moneda y , “Morande 80”, de Hernán Amaya, uno de los “brazos derechos” de González Videla, se vendía

como pan caliente para felicidad de don Jesús Gómara y la señora Conchita. En un país de “copuchentos”, todo el mundo quería conocer las intimidades de Palacio, del principal habitante y de sus más cercanos allegados. Para la época, el libro de Amaya fue real “best seller”.

(10/05/2001)



CELEBRACIONES Y POLEMICAS LITERARIAS

Debe haber sido por eso que llaman “una feliz coincidencia”, pero en 1954, año en que me fui a Santiago, ocurrieron hechos culturales de gran relevancia, de los que fui jubiloso testigo.

En el campo de la literatura, por ejemplo, la venida de Gabriela Mistral a recibir el tardío Premio Nacional de Literatura, que le fuera otorgado en 1951, cuando el Nobel ya la había cubierto mundialmente de gloria. Carlos Ibáñez, el gobernante la época, la agasajó en La Moneda y desde sus balcones la poetisa saludó a la multitud. Fingiéndose desinformada, agradeció al mandatario haber realizado un Reforma Agraria, la que –si bien figuraba en su programa- no pensaba llevar a cabo.

En julio, Pablo Neruda celebró el Cincuentenario de su nacimiento, con ediciones populares de sus “Veinte poemas de amor” y varios actos multitudinarios en el “Caupolicán” y otros

recintos. A manera de anticipo, había dictado tres memorables conferencias en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, atestado de público.

El quincenario “Pro Arte”, que dirigía Enrique Bello, adhirió al acontecimiento con una edición extraordinaria de la revista, por su contenido y tiraje. Publicaciones partidarias, como “Vistazo” y “El Siglo”, también le dedicaron números especiales a su ex senador.

En se mismo año, Nascimento inició la publicación de la monumental “Historia de Chile”, de Francisco Encina, un enorme esfuerzo editorial, sin duda alguna. No pocos penquistas, recordaron entonces a don Carlos George en su bien abastecida librería de Barros Arana esquina Castellón, adquirida después por un señor de apellido Matus.

Durante un largo tiempo, la revista “Atenea” fue impresa en Santiago por Nascimento, y era frecuente ver en San Antonio 240 a Luis Durand, su director, en compañía de Mariano Latorre y otros escritores amigos que colaboraban en sus páginas.

Saludada con alborozo por los historiales conservadores, la obra de Encina tuvo fuertes detractores en estudiosos de otras corrientes ideológicas. El más implacable resultó ser Ricardo Donoso, quien no vaciló en calificarlo de “fabulador” y “tergiversador”, entre otros epítetos, y que

Publicó un libro para demostrárselo, y poner “las cosas en su lugar”. Se agotó, al igual que su polémico “Alessandri, agitador y demoleedor”, editado ese mismo año por el Fondo de Cultura de México. Medio en broma y medio en serio, se comentaba que la familia del ex presidente y sus amigos, habían comprado “al por mayor” los dos volúmenes del libro.

Pero si de polémica se trata, la aparición de la “Antología de la Generación del 50”, de Enrique Lafourcade, superó con largueza a las anteriores. Según el ahora cronista “mercurial”, los afectados atribuyeron los ataques, “a que nos tiramos con fuerza contra el criollismo imperante, porque encontramos que era una literatura muy limitada, muy parroquial, y queríamos hacer una literatura más universal. Sin perder raíces, pero con una expresión más

rica, más amplia, con desafíos más fuertes. Esto nos trajo, claro, las iras de los afectados, que tenían bastante poder en ese momento, y nos trajo las iras de los grupos católicos, que encontraban que nosotros éramos “existencialistas”, y como tales, seguidores de Sartre y Camus. Nos acarreó, además, las iras de las juventudes intelectuales de los partidos de izquierda, por considerarnos estetizantes y pequeños-burgueses, decadentes y extranjerizantes, porque hablábamos de escritores que no eran chilenos. Nos dieron desde todos los lados. Y antes, sí que había críticos”.

Como puede concluirse, las aguas literarias no corrían mansas por el Mapocho hace cuarenta y siete años.

(05/04/2001)

UNA LARGA INICIACIÓN

En una columna reciente, "Celebraciones y Polémicas literarias", recordé la aparición, en 1954, de la Antología de la Generación del 50, hecha por Enrique Lafourcade para la editorial Zig zag, y los nombres de algunas de sus integrantes. Entre ellos, José Donoso y Jorge Edwards, merecedores, como se sabe, del Premio Nacional de Literatura, que también debieron haber recibido Lafourcade, y Alejandro Jodorowsky, el más multifacético de todos.

Cuando salió a circulación la Antología, Jodorowsky dirigía su Teatro de Mimos, en una casa medio a mal traer de la calle Villavicencio, hasta donde llegaba la muy joven Delfina Guzmán y el estudiante de ingeniería Enrique Noisvander, aparte de un grupo de integrantes del Ballet de la Universidad de Chile y del Teatro Experimental.

Fuera de su taller, Alejandro practicaba la "bohemia dura" con los autodenominados "Intelectuales del Parque Forestal", o sea, con Lafourcade, entonces

alumnos de la Escuela de Bellas Artes, el poeta Enrique Lihn, y Sergio Palacios, que hacia comentarios de libros y exposiciones en una radio de poca audiencia.

La “ingesta” comenzaba en los bares próximos al parque y concluía en los de la calle Matucana, donde vivía Alejandro. Cuando los ánimos decaían, el encargado de levantarlos era el bolerista de Talcahuano, Carlos Corsi, nacido Carlos Concha Pérez, al que Lafourcade apodaba “el cara de corneta”. Corsi, entonces, gozaba de cierta popularidad, porque había cantado en Buenos Aires y grabado para unos de los sellos importantes de la época.

El resto de historia, es conocida por los penquistas. El día menos pensado, Carlos tiró por las partituras por la ventana y se dedico al periodismo. Vuelto a Concepción, derrochó ingenio y mal genio en las redacciones de “La Patria” y de los diarios de esta casa.

Jodorosky, en cambio, se lanzó a la aventura y partió a París con cien dolores en sus bolsillos, cincuenta menos que Arturo Alessandri, cuando lo depuso su ex ministro Ibáñez, Claro está que su permanencia fue mucho más prolongada

que la del “León”, y andando el tiempo, logró vivir nada más que del Arte, como se lo había propuesto, y vivir bien. Una hazaña. Cansado de ser extra de la compañía de Marcel Marceu, hizo “comics”, los publicó y llegó a vender hasta dos millones de ejemplares. Con bastante más dólares que los tres que le pagaban diariamente Marceau, se traslado de la “ciudad luz” a la capital de México. Allí –luego de hacer títeres- filmó películas y llegó a tener su propia Sociedad de Producciones Pánicas.

Provoco escándalo mayúsculo con “Fando y Lis”, y otro algo menor, con “Santa Sangre”. Por algo será, pero nunca se ha atrevió a exhibirlas comercialmente en Chile.

Sin ninguna impaciencia, la literatura lo seguía aguardando. Pudoroso, editó su “Retrato del Alma”, haciéndose pasar por un poeta chino de la antigüedad, y sintiéndose avergonzado ante los “propietarios de la poesía” –su amigo Lihn, Neruda, Anguita, De Rokha y Díaz Casanueva, entre otros- escribía a escondidas. Hasta que un día logró hacerlo, sin sentirse influenciado por ellos. Y no

termina de publicar, porque afirma tener cuerda para rato.

Para Jodorosky, lo que él hace es metapoesía, porque “la poesía habla de todo aquello que no podemos decir en lo cotidiano. la poesía es también metafísica”.

Cuando concede entrevistas, habla de lo divino y de lo humano y se ríe de algunos “antologados”, como él, por Lafourcade. Excepto de Enrique Lihn, que, en su opinión, sigue siendo un gran poeta. Aunque Jodorosky no se considera superior a nadie, reconoce que “cuando tú realmente encuentras tu expresión en la poesía, tú eres el primero”. Y ocupando ese lugar –no sólo en la poesía- debe sentir este creador septuagenario, nacido en Tocopilla, para quien “ la vida es una larga iniciación”. Y él siempre está en actitud de comenzarla.

(19/04/2001)

ESCRITORES A TRASLUZ

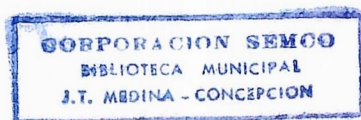
Nada de supersticioso, Mario Ferrero incluyó trece “Escritores a Trasluz”, en su libro publicado por Editorial Universitaria, en 1971, cuyos tres mil ejemplares se agotaron rápidamente. Además, se lee tan “a la carrera”, como siempre vi a su autor entrar y salir de los estudios de Radio Universidad, en el cuarto piso de la Escuela de Farmacia.

Los bromistas que nunca faltan, le sacaron la “e” de su apellido y la reemplazaron por la “a”. Creo que fue Alfonso Alcalde quien me presentó a Mario “Farrero”, y acto seguido, nos invitó a una “picada” de la calle Chacabuco, muy próxima a la Casa del Arte, donde uno encontraba a meritorios pintores, catedráticos y funcionarios de la Universidad, cuyos nombres prefiero olvidar para que no me quiten el saludo.

Corrían, raudos, los años 60. Alfonso, Mario y este columnista, formaban parte del equipo de libretistas de la emisora de esa casa de estudios superiores. Como si fuera hoy, recuerdo la mañana siguiente del tercer revés electoral de Allende,

frente al cual, un decidido Eduardo Saavedra planteó al sorprendido auditorio dejar de lado el “camino de las urnas” y cambiarlo por la “vía revolucionaria”. Como su llamado no podía tomarse en serio, Ramón Riquelme le propuso que vendiera su motoneta y se comprara una metralleta. La “salida”, oportuna y pícara, hizo reír a todos de muy buenas ganas, salvo a Eduardo, por supuesto, que lo fulminó con la mirada. Para “abuenarlos”, Alcalde y “Farrero” tuvieron la atinada idea de ir a probar un tinto a “Collipeumo” al ya citado local, donde Ramón y Eduardo hablaron de todo un poco, menos de política.

Cuando Mario lanzó sus “Escritores a Trasluz”, Allende estaba instalado en La Moneda, y Alfonso era uno de los “cerebros grises” de la Editora Nacional Quimantú. Eduardo Saavedra oficiaba de secretario docente de la Escúrrrela de Periodismo, mientras el poeta Riquelme se le consideraba algo así como un “peligroso extremista”. Los universitarios vivían la Reforma y estudiaban oyendo los programas de su radio.



En distintas circunstancias conocí a cinco de esos “Escritores de Trasluz”.

En 1962, Gabriel Martínez –entonces Director del TUC- tuvo la feliz ocurrencia de contratar a Pedro Sienna para que dirigiera “Entre Gallos y Medianoche”, festivo sainete de Carlos Cariola, que lo había tenido como protagonista en los años del “Cielito Lindo” de don Arturo. Durante un par de meses, en la Sala Maccabí, Sienna hizo reír al público hasta con el trío de “huasos” que interpretaba Fredy Winter, Oscar Lenon y este servidor. A tal punto dominaba Sienna su papel, que la revista “Zig zag” ilustró un comentario de Humberto Malinarich sobre el estreno con una foto nuestra, lo que nos hizo sentir tocando las puertas del cielo teatral. O punto menos. Me disculpo repetí una palabra.

De Pablo de Rokha he escrito desde 1960, cuando llegó a Talermo a vender sus libros y los Winett, acompañado de su hijo Carlos, quien tomaba aguardiente en grandes vasos, como si fuera agua de la llave. Aseguran que nunca se repuso de su muerte y de la de su mujer. Alfonso Alcalde me contaba que la partida de Winett no le

provocó llantos, sino un feroz bramido, como de animal atravesado por el punzón de un carnicero.

Recordé a Neruda, no hace mucho, por los Cincuenta Años del "Canto General", acontecimiento celebrado en Santiago el último domingo. Me hizo, sí, reír bastante la anécdota que cuenta Mario Ferrero. Una repentina invitación en Praga a una reunión política secreta, que no era tal, sino la urgencia del poeta por mostrar a sus amigos una colección de huacos pornográficos que le acababan de regalar. Otra cara del genio nada más.

Muy poco, en realidad, compartí con Ricardo Latcham y Nicomedes Guzmán, y ¡vaya que lamento! Tanto, como haber tenido apenas una relación sin profundizar con Mario Ferrero, autor de este libro testimonial, imprescindible para estudiosos y devotos de la literatura chilena.

(06/07/2000).

VIGENCIA Y RENOVACIÓN

Una gratísima sorpresa ha sido recibir el número especial de “Atenea”, correspondiente a su septuagésimo sexto aniversario, y que contiene los mejores trabajos publicados por la revista en el siglo XX.

“Hemos querido evidenciar —escribe Mario Rodríguez, su director— que desde el lejano mes de abril de 1924 hasta ahora, “Atenea” se ha constituido en un espacio de reflexión profundamente humanista, construido con el aporte de intelectuales de prestigio en el ámbito nacional e internacional”. Excepto, claro está, en el doloroso periodo de la intervención militar en la Universidad de Concepción, editora de revista. Cerrado ese paréntesis, se decidió “a tomar una opción que no pudo ser otra que la apuesta por la modernidad, especialmente en sus fases progresistas y en el reconocimiento de la libertad, de la autonomía del sujeto y del racionalismo humanista que caracterizó, por otra parte, el espíritu de sus fundadores”.

Y también el de los ilustres escritores que sucedieron al rector Molina en la dirección de "Atenea", entre 1925 y 1968: Eduardo Barrios, Raúl Silva Castro, Domingo Melfi, Luis Durand y Milton Rossel. Durante la Reforma Universitaria asumió ese cargo el poeta Enrique Lihn, quien concibió una "Nueva Atenea" de efímera existencia.

Con este número especial, la revista adopta por segunda vez, entonces, un nuevo formato. "Desde hace más de una década —explica el profesor Rodríguez— el libro se ha

ido transformando en un objeto de arte, recuperando la fisionomía inicial con que nació el artesano de medioevo, bajo la forma de esos breviarios preciosos de los que habla Darío en "Prosas profanas". "Atenea" ha creído necesario incluirse en ese proceso de renovación, que es al mismo tiempo de recuperación, ya que en el caso específico volvemos muy cerca del antiguo formato del número 1 de la revista".

En estricta justicia, mucho ha influido en ese "proceso de renovación", el experimentado oficio del editor Oscar

Lermanda, diseñador de “Atenea” y otras publicaciones universitarias.

Casi una treintena de colaboradores de variada índole y la reproducción de nueve obras de artistas chilenos de diversas generaciones y tendencias, contiene esta acuciosa selección de artículos publicados en los 480 números anteriores de la revista y que, por cierto, “mantienen una vigencia indudable en los campos respectivos del saber”

Como por ejemplo, este estudio de Volodia Teitelboim acerca de “La Generación del 38 en busca de la realidad chilena”, en el que señala: “El proletariado, dentro de su capa más cultivada, en los últimos tiempos aspira a una literatura que refleja sus problemas. Aún no tenemos novelistas notables de origen obrero, salvo Nicomedes Guzmán; mas un buen núcleo de intelectuales de los estratos más radicalizados de la clase media, abraza su ideología y escribe sobre sus luchas, hombres, esperanzas y congojas. Pero es evidente que la idea de una literatura proletaria, como la que estuvo en boga en los Estados Unidos durante la década del treinta, es absurda. Los sectores

revolucionarios no pueden concebir al hombre encasillado en las fronteras de una sola clase, sino actuando en el proceso de la realidad que las comprende a todas, aunque sea en una relación de antagonismo. Una no puede existir sin la otra”.

Y, en “La palabra”, Gonzalo Rojas se pregunta; ¿Qué es un libro? Somos tantos y tantos los escritores que no creemos gran cosa en la literatura hasta que no se nos hace poesía necesaria. Y yo diría conducta. Personalmente hubiera preferido callarme del todo, oscureserme en la raíz, si la palabra no me hubiere exigido sacar esta visión, es decir, esta flecha incesante, esta expansión sin término”.

Teitelboim y Rojas, como se sabe fueron galardonados el lunes con el Premio Altazor, en ensayo y poesía, respectivamente. Por feliz coincidencia, ambos nacieron en esta región. Doble motivo de alegría.

(29/03/2001)

CORPORACION SEMCO
BIBLIOTECA MUNICIPAL
J.T. MEDINA - CONCEPCION

Abogados: Gorky Díaz (Concepción y Talcahuano)
Iván Quintana (Concepción y Tomé)

Académicos: Jorge Alegría, Pedro Bordagaray,
Alfredo Devenin, Pedro Manzanares, Eduardo
Nuñez, Patricia Pinto y Fernando Ramos. (U de C)

Contadores: Carlos Lagos y Emiliano Vera
(Tomé)

Dentistas: Hernán Saavedra

Ingenieros: Luis Carrera y Héctor Ramírez (Tomé)

Médicos: Edgardo Condesa, Patricia Chandía,
Samuel Durán, Rolando Jerez y Jorge Peña
Técnicos en Administración: Sergio Torres

(Tomé)

Cecilia Asenjo Mardones

Abogado

Colo Colo 560 – A – Fono 22 93 46 - Concepción

Herman Sikinger Manosalva

Abogado (Juicios Laborales)

Atención de 18:00 a 20:00 hrs.

Tucapel 527 - Depto. 14 - Concepción

Dr. Sergio Puga Seguel

Cirujano Dentista (Radiología)

Barros Arana 1081 – Of 28 – Fono 226 008-

Concepción

**CONSERVATORIO DE MÚSICA
"CARMEN DÍAZ"**

Aníbal Pinto 848 – fono 733692 – Concepción

DM MIFER LTDA.

UN MUNDO DE COLOR

**Fabricación e Igualación
de Colores**

*LAS HERAS 366 – FONO 24 17 38
FONO/FAX 229206 - CONCEPCIÓN*

ENRIQUE SANTIBÁÑEZ MOLINA
Recitales y Clases de Guitarra Clásica
Fono 931 278 – Concepción

ENERO 1995 – 36 LIBROS PUBLICADOS – JUNIO 2001
NUESTRO SELLO, MEMORIA Y CULTURA REGIONAL

Ch808.8 33 0
F954p
(BJTM)

26855

Fuentealba, Sergio Ramón

La Provincia Literaria

Fecha Devolución	NOMBRE

26855

Fuentealba, Sergi

CORPORACION SEMCO
BIBLIOTECA MUNICIPAL
J.T. MEDINA - CONCEPCION

**CONSERVATORIO DE MÚSICA
"CARMEN DÍAZ"**

Aníbal Pinto 848 – fono 733692 – Concepción

DM MIFER LTDA.

UN MUNDO DE COLOR

**Fabricación e Igualación
de Colores**

*LAS HERAS 366 – FONO 24 17 38
FONO/FAX 229206 - CONCEPCIÓN*

ENRIQUE SANTIBÁÑEZ MOLINA
Recitales y Clases de Guitarra Clásica
Fono 931 278 – Concepción

ENERO 1995 – 36 LIBROS PUBLICADOS – JUNIO 2
NUESTRO SELLO, MEMORIA Y CULTURA REGION



026855

Ch8
F